

HISTORIA

REVISTA DE ESTUDIANTES

5
2329



Año I

Marzo de 1935

Núm. 1

S U M A R I O

PRESENTACIÓN Y ORGANIZACIÓN

CORNELIO TÁCITO, PERSONA DE ORDEN
por Carlos A. del Real.

ATILA
por Darío Fernández Flórez.

EVOLUCIÓN DEL TRAJE FEMENINO ESPAÑOL EN
LA EDAD MEDIA
por María Encarnación Vinuesa.

MAIMÓNIDES
por José Galán Rodríguez.

BIBLIOGRAFÍA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

Trimestre 3,00 ptas.
Semestre 5,50 >
Ocho meses (un curso completo). 7,00 >

Número sueltos:
1,25 pesetas.

HISTORIA

REVISTA MENSUAL



Redacción y Administración:

Facultad de Filosofía y Letras - Ciudad Universitaria
Madrid

AÑO I

Marzo de 1935

NÚM. 1

UN esfuerzo común. Una voluntad de muchos, apretada y firme en una ilusión profesional.

Sentimos la emoción de nuestro trabajo, pero queremos sentirla unidos, no en la soledad individual. Queremos crear algo que no sea de ninguno, sino de todos. Sentimos nuestra modestia, y nunca nos saldremos de ella, pero conocemos también el valor del entusiasmo y de la fe. Somos jóvenes y creemos todavía en nuestro trabajo.

Nuestros propósitos son claros y sencillos. HISTORIA no es, no podría ser, la revista de una determinada asociación de estudiantes, o el fruto partidista de un sector de alumnos, limitado ideológicamente. No vamos a decir que somos *apolíticos*. No vamos a usar de esa palabra gastada que sirve tantas veces de antifaz. Precisamente queremos indicar que en nuestras páginas caben todas las interpretaciones del pasado mientras posean una rigurosa seriedad histórica.

Quisiéramos crear una revista de estudiantes y de estudiosos de historia, ni demasiado erudita ni demasiado literaria. Hemos de intentarlo, que en la buena voluntad fracasada no hay daño.

Antes de nacer, HISTORIA ha despertado un interés que nos anima a vencer los obstáculos. No sólo entre los estudiantes de nuestras Universidades, sino también entre los de las extranjeras, en cuyas aulas se ha comentado ya esta iniciativa nuestra. Contamos con importantes colaboraciones de alumnos de historia y de filología escogidos por los profesores de sus respectivas Facultades, especialmente en las Universidades francesas. Y no pensamos ahorrar esfuerzo alguno para ensanchar e intensificar continuamente este intercambio profesional.

Acabamos estas líneas. Acabamos para empezar. Como final queremos que aquí, en el primer número de HISTORIA, quede señalado todo nuestro sincero agradecimiento a los señores profesores que nos han animado y auxiliado como se anima y auxilia a los individuos jóvenes de una gran familia. Familia creada en las aulas día tras día. Y muy especialmente recordamos, en este momento final de agradecimiento, la generosa, firme y constante protección que el señor Decano de la Facultad, siempre tan en contacto con sus estudiantes, nos ha dispensado.

ORGANIZACION

Ante todo, un llamamiento.

Las páginas de HISTORIA están abiertas para todos los estudiantes que nos envíen trabajos, siempre que encajen dentro de las normas de nuestra revista. A todos esos posibles colaboradores nos dirigimos.

Si trabajamos unidos podremos hacer algo que posea cierto valor. Es necesario hacerlo. Intelectualmente, los estudiantes hispanos no tienen nada que envidiar a los extranjeros. Pero hay que hacer un vigoroso esfuerzo y sacudir esa mezcla extraña de apatía y de desconfianza en nosotros mismos que nos impide obrar tantas veces. No hay que dormirse en la comodidad egoísta de las glorias pasadas de nuestra Patria. Hay que trabajar por ella, cada uno en su esfera.

Pedimos colaboración. Y la esperamos.

La dirección de Historia corre a cargo de una Redacción directiva, dividida en secciones. Secciones puramente ordenativas, que no impliquen una división análoga de las páginas de la revista.

CUADRO DE REDACCION

Redactor-jefe:

Darío Fernández Flórez

Secretario:

Volusiano García Robles

Administrador:

María Encarnación Vinuesa

Prehistoria:

Jefe de la Sección: José María Mañá

Historia Antigua:

Jefe de la Sección: Carlos A. del Real

HISTORIA

Historia Medieval:

Jefe de la Sección: María Encarnación Vinuesa

Historia Moderna:

Jefe de la Sección: Pablo Naranjo

Historia Contemporánea:

Jefe de la Sección: Rosario Nardiz

Historia de América:

Jefe de la Sección: Leopoldo Castedo

Biografías:

Jefe de la Sección: Darío Fernández Flórez

Filología Clásica:

Jefe de la Sección: Carlos A. del Real

Filología Semítica:

Jefe de la Sección: José Rodríguez Galán

Bibliografía:

Se hará entre todos los redactores y varios de los colaboradores.

Cada jefe de sección se encargará de ordenar y de seleccionar los trabajos presentados que correspondan a su sección, a más de escribir con cierta regularidad un artículo.

Tenemos en estudio la creación de nuevas secciones de Historia del Arte, Historia de la Pedagogía, Historiología y Filología Moderna.

La publicación de HISTORIA será mensual, suspendiéndose durante los meses de junio, julio, agosto y septiembre. Se dedicará anualmente un número especial a un tema histórico que ofrezca gran interés.

Cerramos estas líneas como las hemos comenzado. Pidiendo ayuda profesional.

A las editoriales rogamos que nos envíen todas las publicaciones que juzguen de interés para nuestra sección bibliográfica. A las revistas pedimos un intercambio, provechoso para todos. A los estudiantes y estudiosos de Historia y de Filología, rogamos colaboración e iniciativas. Y de los doctos y de los profesores esperamos también ayuda, consejos y benevolencia.

Cornelio Tácito, persona de orden

POR

CARLOS A. DEL REAL

I

LAUDATOR ACTI TEMPORIS

Es siempre sospechoso el historiador, de parcialidad hacia el tiempo pasado. Lo es todo hombre antiguo, para quien los mayores fueron siempre la norma. Pero lo es mucho más quien tiene el pasado como materia de su estudio. De los tiempos en que la palabra quiritaria rodaba por el universo como moneda corriente le queda al estudioso un vago sentir de afición. Bastaría que nos dedicásemos, por ejemplo, a la etruscología para hacer de los tirrenos canon de la cultura; y pongo este ejemplo como podría poner otro cualquiera. El erudito es siempre maniático del asunto de sus esfuerzos; glorifica, ilumina y disculpa la época pasada. Y si esto ocurre en nosotros, para quienes la vida empieza siempre mañana, ¿qué pasaría a los antiguos, creadores de edades áureas, sin explicada transición de pecado original al hoy?

Con un gesto de dolor por el tiempo muerto comienza Tácito la biografía de Agricola. Y después, con otro de lamento por el inmediatamente vivido. Y, sin embargo, hay luego uno de satisfacción por la era que comienza.

Recordemos sus palabras: *«Nuestra época, aunque descuidada de lo suyo, no abandonó el antiguo uso de contar a la posteridad los hechos y costumbres de los grandes hombres.» «Entre los antiguos era más fácil y más al alcance de todos el realizar acciones memorables.»*

Al llegar aquí recordamos toda la admiración romana por los mayores, y vemos a Tácito, en un suave jardín clásico, leyendo a Ennio, la

HISTORIA

Salustio, a Tito Livio, y creemos oír la voz corneliana que dice, con tono de burgués sentimental: «¡Entonces había hombres!»

En otros lugares oiremos a Tácito declamar por la superioridad de la época republicana, en la cual se sabía hablar. «*Ahora no hay Catones, Cicerones, Gracos ni Brutos.*» Los hombres tenían talento. «*Después de la batalla de Accio, magna illa ingenia cessere.*»

A él no le queda ni el consuelo de ser un historiador que ama su pasado. Narra una época vil. Delaciones van y vienen en escritos anónimos y lenguas mercenarias. La protección de las leyes es inútil. Los príncipes se dejan adular y el Senado es una olimpiada de bajezas. Rameras imperiales, agrios centuriones, efebos helenísticos y pretorianos borrachos gobiernan el Imperio. Conjuraciones absurdas—casi Numan-
tinos románticos—no consiguen más que aumentar la opresión.

De vez en cuando, las provincias corrompidas de Oriente, los duros galos y las legiones violentas de la frontera alzan sobre el Imperio la turbación y la amenaza. Lujo y vicio lo invaden todo. Los bárbaros vienen, entre falsos triunfos de los Césares, a poner en peligro la vida del mundo.

«*Una paciencia de esclavos y tanta sangre derramada sin guerra, causan dolor al ánimo y lo oprimen con su tristeza.*»

Esto es algo más que retórica. Resuena un bronce limpio, de sinceridad. Tácito, con dolor auténtico de ciudadano romano frente a la ruindad de sus compatriotas y casi contemporáneos, vuelve la vista atrás, y, como los ancianos de teatro, alaba el tiempo viejo.

II

SIN EMBARGO

«*No todo fué mejor entre los antiguos. También nuestra Edad entregará a los que vengan luego muchas cosas dignas de imitación.*»

Si de sus casi contemporáneos había poco bueno y mucho malo que decir, no era lo mismo de sus contemporáneos. A él le tocó vivir, primero un tiempo de paz y de prosperidad, con Vespasiano; después, los años ignominiosos de Domiciano; luego, la época en que el Imperio creyó llegada la hora de su plenitud. Trajano llevó a los Cárpatos y al Eufrates el nombre de Roma y edificó su fama sobre cimientos de justicia, que había de cantar Dante en el más alto poema de la Cristiandad.

«Por fin ahora nos vuelve el alma al Cuerpo... En el comienzo de este dichosísimo siglo, Nerva unió cosas antes distantes: la libertad y la autoridad, y Trajano hace aumentar cada día la felicidad de los tiempos.»

Y en otro lugar nos habla de «la extraordinaria felicidad de estos tiempos en que puedes sentir lo que quieres y decir lo que sientes».

Es la satisfacción del hombre que contempla en libertad y orden reunidos, esa *vita beata* civil que todos buscan y que casi nadie encuentra. La misma que, antes del maldito Domiciano, había escrito en el *Diálogo de los Oradores*: «Estado tranquilo, ordenado y feliz», refiriéndose al gobierno de Vespasiano, «autoridad de un gran príncipe».

Entre medias hubo la tiranía de Domiciano. El pensar en ella excitaba a Tácito en grado inconcebible, aunque no tanto como el tener que justificar su actitud de entonces. Los que expusieron su vida por librar a Roma de la opresión no tomaban muy en serio las invectivas de quien había permanecido algo más que en silencio durante aquellos años.

«Ciertamente dimos grandes pruebas de paciencia, y si los antiguos vieron el extremo de la libertad, nosotros vimos el de la servidumbre. Habríamos perdido, con la palabra, la memoria misma, si fuese en nuestro poder el olvidar como lo es el callar. Pocos hemos sobrevivido, no ya a los demás, sino a nosotros.» Pero, ¿por qué no se sumó a los conspiradores? ¿Por qué calló? ¿Por qué ocupó cargos públicos?

«Sépanlo quienes acostumbran a admirar lo ilegal: aun bajo malos príncipes puede haber grandes hombres. Y la obediencia y la moderación, si les acompañan el esfuerzo y la energía, pueden alcanzar tanta gloria como los que consiguieron la celebridad de una ambiciosa muerte entre peligros, sin beneficio alguno para la república.»

Por aquí andan los buenos ciudadanos, la ley, el príncipe, la república. ¿A dónde va a parar todo esto?

III

LIBERTAS. PRINCIPATUS

De uno a otro extremo de todo escritor romano que más o menos trata de asuntos políticos, no leemos más que «*libertas*». ¿Qué es *libertas*?

Para Cicerón, una cosa; para Tácito, a veces lo mismo que para Cicerón; otras, algo totalmente distinto.

Para Cicerón, *libertas*, más que libertad, es constitucionalidad, legalidad, juridicidad; la forma orgánica de gobernarse la república romana. La república es cosa equívoca; tan pronto el estado, como la política, como el gobierno republicano, más o menos democrático; siempre profundamente distinto de cualquier república actual.

En Tácito, unas veces es la antigua constitución. Así, cuando opone *libertas* al gobierno personal de Augusto, o dice que el pueblo amaba a Druso porque volvería a traer *libertas*. (Hasta qué punto *libertas* implica o va implicada en nuestra *libertad*, es problema gravísimo que no debemos tratar aquí.)

Otras veces *libertas* es el respeto a la dignidad y al pensamiento individual. Así, cuando dice que Nerva juntó al Principado, es decir, a la autoridad, la Libertad.

De esta segunda *libertas* Tácito es partidario. Frases como «los bienes de la libertad», «esta feliz edad en que cada cual puede pensar lo que quiere y decir lo que piensa», nos lo revelan bien claramente. Pero Tácito teme.

Teme que la libertad se transforme en anarquía. Sabe que, una vez por lo menos, ha ocurrido ya así en Roma. Aquello fué «el desorden que los estúpidos llaman libertad». «Los antiguos vieron el extremo de la libertad».

Era lo natural. «La república es más fácil de desear que de establecer, y una vez establecida no puede mantenerse mucho tiempo». Urge, pues, un moderador de la libertad, un príncipe.

Pero si la república lleva a la anarquía, el principado lleva a la tiranía. Hace posible que Nerón imponga al mundo sus caprichos de sádico; que Tiberio no deje más que una apariencia de legalidad; que un miembro de la familia imperial desprecie públicamente la autoridad del Senado.

Todo porque, en uno y otro caso, se ha despreciado la autoridad de las leyes. ¿Qué son las leyes?

IV

ROMANO Y ROMANTICO

Luego que acabó la edad áurea empezaron a ser necesarias las leyes. Dichosos los germanos, entre los que *«valen más las buenas costumbres que en otras partes las leyes»*. Sin duda, Tácito es romántico.

Las Doce Tablas son *«el colmo del justo derecho»*. Sin duda, Tácito es romano.

Luego las leyes van extendiéndose, lo abarcan todo; el remedio es peor que la enfermedad; las leyes sobran. Tácito es romántico.

Alguna vez vuelven a funcionar las antiguas instituciones. La tradición senatorial recobra su prestigio. Están bien suprimidos los comicios populares, donde toda corrupción tenía su asiento; pero es gozoso contemplar el Senado lleno de gloria y de brillo casi milenario. Tácito es romántico y romano.

V

«UNIO LA LIBERTAD CON LA AUTORIDAD»

Por tanto, hay que renunciar a la libertad antigua. La república es un bello ideal inasequible. Pero hay que evitar la tiranía. Un príncipe, pero que cumpla las leyes, que respete la dignidad individual. Y, sobre todo, orden. Nada de conjuraciones. Bien está ser romántico, pero es mejor ser romano.

Hace más de mil ochocientos años pensaba así uno de los más grandes escritores que han existido. Sig'os después, una raza de hombres mediocres creyó haber descubierto esos conceptos políticos. Ellos no eran grandes escritores. A falta de escribir unos *«Anales»* o un *«Diálogo de los Oradores»*, escribieron ORDEN con mayúscula y se llamaron a sí mismos, y llamaron, sin saberlo, a aquel escritor *personas de orden*.

ATILA

POR

DARIO FERNANDEZ FLOREZ

La cabeza de un niño inclinada sobre un libro abierto; la mirada posada con extrañeza sobre una frase: «Atila, el azote de Dios».

Millones de cabezas de niño inclinadas sobre millones de libros abiertos, millones de miradas posadas siempre con sorpresa angustiada sobre la misma frase en diversos idiomas, a través del tiempo, a lo largo de la Historia del Mundo posterior a la jornada de los Campos Cataláunicos.

Media humanidad ha sentido abrasada su imaginación en la infancia, desde aquella fecha, ante el máximo horror que representa la unión de esas pocas palabras. Atila no es el devastador de países, no es el caudillo que cabalga un caballo que hace estéril la tierra que pisa, no es el castigo de los hombres, es más, es mucho más aún. Y cuando su horda pasa el Rhin en enero del 451, el espanto de romanos, burgundios, galos, francos y visigodos revienta, y encuentra expresión justa y concreta en los labios de un oscuro eremita de las Galias invadidas, que exclama: «Athila, Flagellum Dei».

Atila, monstruo guerrero, terror de imaginaciones jóvenes, coco de la Historia, nombre propio adjetivado, conjunto de todas las crueldades asiáticas, poder gigantesco que se atreve a azotar al mismo Dios... Figura de bárbara epopeya, Atila tiene una realidad histórica muy poco conocida, que vamos a tratar de exponer brevemente en las páginas que siguen.

I

LA RUINA DEL IMPERIO ROMANO

Vieja y agotada, la grandiosa nave del Imperio Romano se hundía lentamente, acosada por el oleaje periódico de los bárbaros, minada por innumerables vías de agua. Era un naufragio angustioso, con al-

ternativas de bonanza tras las violentas tempestades, cada vez más continuas. Teodosio el Grande, último buen timonel de la nave del Imperio, comprendiendo tal vez la inevitable catástrofe, divide definitivamente el mundo romano y reparte Oriente y Occidente entre sus hijos Arcadio y Honorio, lanzando así al mar de la Historia aquella chalupa paradójica que navega durante más de un milenio y que fué el Imperio bizantino.

Las migraciones de los pueblos bárbaros habían comenzado ya en los días de Marco Aurelio, que muere incluso en su campamento militar de Danubio (180), cuando se preparaba a luchar nuevamente contra los marcomanos. Pero, a través de dos siglos, las presiones de los bárbaros en las fronteras del Imperio habían adquirido cierto equilibrio, gracias a la política meramente defensiva de Roma.

Un pueblo procedente de las estepas del Asia Central rompe este equilibrio inestable. Los hunos, atacados tal vez por los chinos, cruzan el Asia, y cayendo sobre el heterogéneo mundo germánico que poblaba la Europa Oriental, provocan las primeras invasiones en el año 375. Suevos, vándalos y alanos huyen o se someten después de una débil resistencia. Los visigodos retroceden al bajo Danubio y solicitan del emperador Valente acogida en el Imperio Romano, sublevándose poco después y derrotando a Valente en Andrinópolis (378). Todosio domina el peligro y los admite como *foederati*.

La muerte de este emperador español significa el comienzo del fin del proceso de desintegración del Imperio romano. Su hijo, el débil Honorio, ordena la ejecución del único hombre que podía haber salvado al Imperio de Occidente, el general vándalo Estilicón, que ocupa durante su gobierno un papel muy semejante al que ha de desempeñar más tarde Aecio bajo el imperio de Valentiniano III. Ejecutado Estilicón, Alarico el Balthungo y sus visigodos toman a Roma, donde el caudillo bárbaro quita y pone emperadores a su antojo, mientras Honorio, rodeado de eunucos y cortesanos envilecidos, tiembla en Rávena.

Las invasiones visigóticas fueron decisivas. La división del Imperio trajo como consecuencia funesta la debilitación de la frontera danubiana, que quedaba repartida entre los dos gobiernos de Oriente y Occidente. Las tres hordas invasoras que llegaron a dominar en Italia—visigodos (401-410), ostrogodos (489-493) y lombardos (568)—procedían del Danubio, cuya orilla romana estaba no sólo insuficientemente

HISTORIA

guarnecida, sino que, colonizada con pueblos teutónicos, dejaba libre el camino hacia Italia.

La gloria de su tradición y el apoyo de la doctrina del derecho divino de los reyes, que los obispos habían comenzado a predicar bajo Teodosio el Grande, sostenían la agonía del coloso romano.

Vencido Radagais por Estilicón (406), muerto Alarico (410), después del saco de Roma, en Cosenza, y enterrado su cuerpo bajo el lecho del río Busento, según la leyenda; casado Ataúlfo con Gala Placidia, hermana de Honorio, y establecidos los visigodos en las Galias, el Imperio goza de un período de relativa calma hasta que dos figuras terribles aparecen en el horizonte histórico. Giserico y sus vándalos al sur, amenazan a Italia desde su establecimiento en el África (429), gracias a la traición del Conde Bonifacio; Atila y sus hordas salvajes desgarran la frontera europea del Imperio desde Oriente hasta Occidente.

II

MARGUS

Un grupo de jinetes parados en la verde llanura regada por el Morawa. Otro pequeño grupo de caballeros se aproxima al primero, haciendo trotar sus corceles. Son los embajadores del Imperio de Oriente, enviados por Teodosio II, los que se aproximan, y Atila y Bleda, reyes de los hunos, los que, rodeados de algunos oficiales, esperan.

Plinthis y Epigeno, los embajadores, no están tranquilos. Constantinopla, a pesar de considerar como aliados a los hunos, había intentado encender una revuelta entre los pueblos del Danubio sometidos a los guerreros asiáticos; pero, sofocado el levantamiento y comprometido el Imperio de Oriente, Rua, el rey de los hunos, había exigido explicaciones y castigos. Al llegar los embajadores al campamento bárbaro, se encuentran con la sorpresa de la muerte de Rua y con la noticia de que serán recibidos por Atila.

Vestido sencillamente con pieles negras, cubierta su cabeza con un bonete de piel oscura, Atila, de poca estatura, pero enérgico y vigoroso, escucha gravemente, junto a su hermano Bleda, el discurso de Plinthis. Bruscamente interrumpe el rey de los hunos el alarde oratorio del bizantino. En un latín seco y preciso expone sus condiciones: ante todo, Constantinopla retirará su apoyo a las tribus danubianas rebeldes; los prisioneros romanos evadidos del poder de los hunos serán devueltos

a éstos, o pagados al precio de ocho piezas de oro; los desertores hunos que vivan sobre el territorio del Imperio serán entregados, y el tributo que Teodosio pagaba a Rua, de 350 libras de oro, será elevado a 700.

Los embajadores, espantados por la dureza de las condiciones, intentan discutir las. Atila, decidido, se niega. Plinthis, desesperado, pregunta cuánto puede dar la respuesta. «Inmediatamente», se le contesta. Todavía intentan los embajadores regatear el tributo, pensando en la cólera de Teodosio; pero el rey de los hunos tiene un brusco gesto de impaciencia que hace comprender a los bizantinos la inutilidad de sus palabras. Y ante la imposibilidad de ir a la guerra, asienten a todas sus condiciones. Intervienen los escribas, y los embajadores del Imperio de Oriente aplican sus sellos sobre el acuerdo. Así se concluye en Margus, junto al Morawa, en el año 434, uno de los tratados más vergonzosos que registra la Historia. Pero Teodosio II, el emperador de Oriente, se contentaba con pasar a la posteridad con el sobrenombre de «el Calígrafo», por su habilidad y perfección en el arte de copiar y compilar manuscritos.

III

EL REY DE LOS HUNOS

Era hijo de Mundzuk y había nacido hacia el año 395, en uno de los carros de la horda, acampada entonces en la llanura del Danubio. Se le dió el nombre de Atila, que significaba «padrecito», probablemente por ser éste el nombre del Volga, río por el que su padre sentía una religiosa veneración. También era conocido por Atli, y por Etzel, palabras que en lenguaje huno significaban «hierro». Y es que Atila poseía la dureza, la crueldad fría del hierro, y la elasticidad caudalosa y dúctil del río.

Cuando muere su padre es enviado por sus tíos como rehén a la corte de Roma. Su juventud se encuentra envuelta en el misterio. Únicamente puede saberse que era un muchacho huraño y solitario, que despreciaba la debilidad y podredumbre de la corte romana. Se sabe también que un día Huldin, jefe de un cuerpo de auxiliares hunos que había batido a Radagais, bajo las órdenes de Estilicón, se acercó a él, durante su estancia en Roma, para acariciarlo, y que Atila se alejó con un gesto de odio y de desprecio.

Este gesto de odio y de desprecio, contra los que él siente como trai-

dores a su patria, ha de concretarse en una condición importantísima del tratado de Margus—devolución de los desertores—, que pasa casi desapercibida para la diplomacia bizantina, preocupada por el aumento del tributo.

Vuelto al campamento de los hunos, después de su estancia en Roma, Atila comienza a desenvolver todo un programa político de dominación universal; pero, buen asiático, piensa y espera. Sin intentar intervenir en la política de su tío Rua, caza, viaja por Asia, sin impaciencia, sin cólera, con una confianza fatal en su destino.

Muerto Rua, Atila, siguiendo la costumbre hereditaria de los hunos, comparte la corona con su hermano Bleda, figura únicamente decorativa, que no le impide desarrollar, después del tratado de Margus, su política interior, base necesaria de la exterior, de «la gran conquista», que prepara. Ante todo crucifica Atila a unos cuantos desertores, es decir, auxiliares hunos que figuraban como oficiales en el ejército del emperador de Oriente y que Teodosio II le entrega con cobardía. Con esta crueldad, que procura sea conocida, fija su actitud frente a los hunos, que él llama *desertores*. Después comienza sus viajes. Penetra en el Asia Central, sometiendo a las tribus de aquellas mesetas; desciende a lo largo de las costas del Báltico, asegurándose de la fidelidad de sus aliados eslavos y germanos, y después de varios años vuelve al fin a la llanura del Danubio.

Su expedición fué triunfal. Escuchaba casi siempre frases de admiración y promesas de fidelidad en sus viajes. Poseía una elocuencia extraña, ruda, seca, concreta, violenta, que provocaba en sus súbditos y aliados una fiebre de guerra y de pillaje.

Cuando retorna a su capital, junto al Danubio, surge un obstáculo. Su hermano Bleda encuentra muy de su gusto el reinar solo. Poco después del regreso de Atila, Bleda muere en un accidente de caza. Roma y Bizancio hablan de asesinato, y entre los hunos se murmura lo mismo calladamente. Pero un acontecimiento inesperado aumenta la popularidad de Atila. La Espada, la Espada del dios de la guerra, del fundador de la dinastía, la Espada invencible y mítica es encontrada por un pastor, que la entrega al rey de los hunos. Una fiebre de guerra y de botín recorre los pueblos bárbaros, desde Panonia hasta la China, ante la noticia. Atila hace entonces un pequeño ensayo de conquista.

La víctima es el Imperio de Oriente. Atila y sus hordas toman a Margus (441), penetran en la Mesia, se apoderan de Viminacium, Ra-



tiara, Singidunum y Sirminum, capital de la Panonia. Después, girando hacia la Tracia, toman a Naissus y arrasan a Sardicum.

Los dos emperadores, Valentiniano II y Teodosio II, se asustan. Pero, inesperadamente, la ola invasora se retira. El ensayo ha concluido, y durante cinco años los hunos permanecen en su orilla del Danubio, sin intentar siquiera atravesarlo.

Mientras tanto Atila recorre el Asia de nuevo, sometiendo a su poder a los hunos negros y a las tribus de las mesetas centrales, que, ignorando los proyectos de su rey, pretendían vivir la anarquía de los nómadas. Era una empresa gigantesca comprender en un solo Imperio tantas tribus rebeldes, tantas naciones nómadas. Sólo el prodigioso vigor de Atila, su tenacidad y su ideal, podían llevarla a cabo. Así, luchando incluso con sus mismos súbditos, que no querían abandonar sus costumbres tradicionales, se forma aquel Imperio extraño y complejo, compuesto por innumerables engranajes, siempre dispuestos a fallar en un momento dado, que se extendía desde las brumas del Báltico hasta las costas luminosas del Mar Negro, desde las tierras fértiles del valle del Danubio hasta las mesetas desérticas del Asia Central, hasta la muralla ondulante de la China.

NOTAS PARA EL MAPA

En el Imperio de Atila pueden distinguirse dos zonas. Un núcleo central, dominado directamente por los hunos, que se encontraba aproximadamente entre la Germania y el Cáucaso. Y una zona de influencia extensísima, que, sin límites concretos, llegaba desde las costas del Báltico hasta las mesetas del Asia Central. Este inmenso Imperio, obra personal de Atila, se deshizo al morir el gran político. Su primogénito, Ellak, fué derrotado junto al río Nedao, en Panonia, por Ardarico, rey de los gépidos, derrota que produce la dispersión de los hunos, que acaban por fundirse a los ávaros en Besarabia.

Los hunos actuaron como momento retardatorio en la historia universal, conteniendo las energías de los germanos, que no acaban con el Imperio romano hasta después de la muerte de Atila.

El nombre de Etzelbourg, la capital de Atila, pertenece a la leyenda. Su situación exacta se desconoce, pero parece muy probable que se encontraba entre Buda y Tokai, en Hungría.

Durante mucho tiempo se localizó la jornada de los Campos Cataláunicos en las proximidades de Chalons, pero ha podido comprobarse

se que esta famosa «batalla de los pueblos» se dió en las cercanías de Troyes.

La capital del reino burgundio, destruido en 436 por los hunos, fué Worms. Después de su derrota, se trasladó este pueblo al sur del lago de Ginebra.

IV

EMBAJADAS Y CONSPIRACIONES

El Imperio de Atila era una realidad histórica. El tenaz rey de los hunos había creado además un numeroso ejército. Pero le faltaba algo imprescindible: oro. Constantinopla se lo va a entregar.

Las hordas invasoras se agitan, se ponen en movimiento, y en el año 446 invaden la Tesalia. Atila quiere únicamente asustar a Teodosio para sacarle dinero. Como todos los grandes políticos, el rey de los hunos no amaba la guerra. La consideraba como un medio brutal y fácil al que tenían que recurrir los reyes sin genio. Agotaba todos los medios pacíficos antes de guerrear, todas las astucias de la diplomacia. No tomaba parte en los combates, limitándose a dirigir los ataques y los movimientos de sus escuadrones. Atila no era un general, sino un habilísimo diplomático, que sabía jugar su política como una partida de ajedrez, inteligente y precisa. En sus intrigas y maquinaciones políticas había mucho más talento y arte que perfidia y traición. Su famosa y célebre ferocidad era una ferocidad inteligente, útil a sus fines, bien administrada como una propaganda de terror. Prefería torturar o crucificar a una docena de individuos, con gran aparato y publicidad, a ordenar matanzas inútiles. Para el rey de los hunos sólo existía un fin, una ambición: «la gran conquista», es decir, la conquista del mundo. Por eso no le molesta ser «el hombre más odiado», y cuando el eremita galo lo llama «el azote de Dios» adopta el sobrenombre con entusiasmo.

La expedición contra Teodosio II, en el año 446, fué organizada para producir el terror en Constantinopla. El emperador, «el Calígrafo», dedicado a perfeccionar su hermosa escritura, a los placeres de la erudición y de los festines, se obstina en ofrecer cierta resistencia. Pero cuando los jinetes hunos llegan a las Termópilas, después de haber destruido más de setenta villas, se asusta y se decide a pagar seis mil li-

bras de oro que Atila le exige como indemnización, elevando además el tributo anual a dos mil cien piezas de oro.

Teodosio concede todo, deseoso de reanudar estudios y orgías, pensando que su gran eunuco y ministro Crisafio conseguirá el oro de alguna manera, a pesar de la pobreza de la Hacienda.

Deseando Atila ensanchar sus fronteras, envía una embajada al emperador, esperando conseguir su deseo sin tener que recurrir de nuevo a las armas.

Edecón y Orestes fueron los embajadores. Jefe de la guardia de Atila, Edecón pertenecía a la aristocracia hunna, de pura sangre mogólica. Orestes era de Panonia y se había unido a los hunos con la esperanza de que Atila libertase a los germanos del yugo romano. Pocos años más tarde, los hijos de estos dos hombres habían de representar papeles de una gran importancia en la Historia. Orestes, aprovechando las turbulencias del fin del Imperio de Occidente, había de colocar en el trono a su hijo Rómulo Augústulo, derribado en el año 476 por el rey de los hérulos, Odoacro, hijo de Edecón.

Recibidos por Teodosio los embajadores, el gran eunuco, mientras se entablan las negociaciones, prepara una habilísima trama para asesinar al rey de los hunos. Habiendo sabido despertar en el bárbaro e ingenuo Edecón una profunda admiración hacia los refinamientos bizantinos, y una insana ambición de riquezas, consigue que se comprometa a asesinar a su rey mediante las recompensas de una fuerte suma y de un alto cargo en la corte de Teodosio.

Animado por el probable éxito de la conspiración, el emperador rechaza enérgicamente las pretensiones de Atila, anunciando el envío de una embajada para llevarle su respuesta.

Formaban parte de esta embajada Maximino, hombre justo y honrado, ajeno a la intriga; Vigilas, complicado en el asunto y encargado de observar a Edecón, y un joven griego, Priscos, escritor perspicaz y elegante, de quien se esperaba un diario interesante y útil del viaje.

De las numerosas notas del escritor griego se desprende todo el brusco contraste que existía entre la cultura refinada de los bizantinos y aquel pueblo asiático, sencillo y cruel, que habitaba más allá del Danubio.

Recibidos en la tienda de Atila, Priscos escribe: «Atila, rodeado de ministros y oficiales, estaba sentado sobre un escabel de madera. Sor-

prendíome la sencillez de sus vestidos, que contrastaban con las ricas y delicadas telas, robadas sin duda a chinos y a persas, con que se adornaban y vestían los jefes hunos. A pesar de verle únicamente sentado, me ha parecido pequeño, pero muy vigoroso. Su rostro, de un amarillo oscuro, con escasa barba, es chato y aplastado. Sus ojos, medio ocultos bajo los párpados, nos contemplaban con curiosidad. Maximino, con la carta del emperador en la mano, se acercó a él, diciendo, al entregársela, que Teodosio le enviaba sus deseos de buena salud. El bárbaro respondió secamente: «Que suceda a los romanos todo el bien que ellos me desean».

Más adelante, ya en la capital de Atila, villa de tiendas y de carros, los embajadores asisten a una comida en el palacio real, extraña construcción de madera, no exenta de cierta grandiosidad. «A la entrada—escribe Priscos—se nos envía a cada uno un vaso de vino, que debemos beber a la salud del rey, que estaba sentado sobre un banco cubierto de pieles y tapices multicolores. Ellak, su primogénito, sentado a su lado, no se atrevía siquiera a levantar los ojos, por respeto a su padre. La vajilla era de plata y oro, pero sobre la mesa del rey no había otra cosa que un plato de madera lleno de carne y una copa también de madera siempre llena de vino... Al final del banquete, los comensales se interpelan y hablan alegremente. Sólo Atila guarda silencio y gravedad, que interrumpe cuando un viejo guerrero entra llevando en sus brazos a Ernach, el más joven de sus hijos. Una sonrisa ilumina el rostro duro y frío del rey al acariciar las mejillas de su hijo, al estrecharlo contra su robusto pecho».

Otro detalle que asombra a los bizantinos es el encontrar en Etzelbourg, la capital de Atila, gran número de germanos, de griegos, de latinos, que abandonando la civilización decadente del Imperio romano, prefieren unir su vida a la sencillez tosca y primitiva de los hunos. Onegeso, el primer ministro de Atila, es griego, pero ante la sorpresa de los embajadores, que intentan sobornarlo, asegura que se siente huno y que no piensa traicionar a su rey.

Despide al fin Atila a los embajadores, negándose a tratar con ellos, por considerarlos de poco rango. La impaciencia del emperador y de su gran eunuco los espera en Constantinopla. Pero Edecón pide más tiempo para obrar y solicita el envío previo del dinero. Vigilas vuelve de nuevo, con el precio del crimen, al país de los hunos. Entonces Atila, a quien Edecón había confesado todo, se apodera de Vigilas y del oro.

La trama se descubre, y Teodosio y su gran eunuco se encuentran comprometidos. Atila, despreciando el instrumento y buscando el cerebro de la intriga, suelta a Vigilas y reclama la cabeza de Crisafio. Teodosio II, por egoísmo, defiende a su eunuco, pero poco después muere (28 de julio de 450), y el pueblo amotinado lapida a Crisafio.

Atila se decide a obrar. Es el momento de «la gran conquista». Sólo duda en la elección de su víctima. El Imperio de Oriente o el de Occidente. Marciano, el nuevo emperador de Constantinopla, es un soldado enérgico y decidido. El rey de los hunos elige al fin. Y resucita, como pretexto contra Roma, un viejo asunto. Quince años antes, Honoria, hermana de Valentiniano III, había escrito a Atila ofreciéndole su mano y enviándole un anillo como prenda de amor. El rey de los hunos solicita ahora el cumplimiento de la promesa y la mitad del Imperio como dote. Valentiniano III casa apresuradamente a su hermana ante la demanda de Atila, y entonces éste lanza sus hordas sobre el Rhin. La suerte de Occidente pelagra ante el empuje de los jinetes asiáticos. Pero un hombre detiene la invasión.

V

AECIO, EL ULTIMO ROMANO

Era hijo de un germano de la Panonia, maestro de la milicia y conde de Africa, y de una romana perteneciente a una ilustre familia. Cuando Roma busca la neutralidad de Alarico, Aecio es enviado al godo como rehén, y años más tarde, cuando el Balthungo ataca y se busca el apoyo de los hunos, pasa a la corte de Rua, donde conoce a Atila, que tiene aproximadamente su misma edad. Desde entonces Aecio sostiene una estrecha amistad con los hunos, que le ayudan cuando las intrigas palatinas y el odio de Gala Placidia, madre de Valentiniano III, le persiguen. Gracias a ellos, consigue vencer las malas artes del conde Bonifacio, y de su hijo Sebastiano, y apoderarse del gobierno del Imperio.

La Historia parece retroceder medio siglo en el tiempo. Del 451 al 452 la vida del Occidente europeo se concentra en tres hombres. Un emperador romano, Valentiniano III. Un general romano, Aecio. Un

caudillo bárbaro, Atila, que invade primero las Galias, más tarde el norte de Italia. Desde el 401 al 403, han sido también tres grandes figuras las que se han jugado el porvenir europeo. Otro emperador romano, Honorio. Otro general romano, Estilicón. Otro caudillo bárbaro, Alarico el Balthungo, que después de asolar la Tesalia y el Epiro invade también el norte de Italia.

Las analogías son asombrosas. Los dos emperadores son figuras falsas, vacilantes, ruines, caracteres de cartón que viven de intrigas cortesanas, temblando ante el estruendo de los hierros guerreros que chocan fuera de sus palacios. Estilicón es hijo de un vándalo; Aecio, de un germano. Los dos defienden con fidelidad y genio militar no una dinastía, sino una idea que sienten como la estrella polar de su conducta: el Imperio romano. Son bárbaros más que latinos, pero dueños verdaderos del Imperio, lo defienden. Desprecian al emperador, pero lo sostienen. Como premio, mueren los dos asesinados por su emperador. Honorio aprovecha una revuelta para ordenar por sorpresa la ejecución de Estilicón (408). Valentiniano III apuñala a Aecio en su propia cámara (454).

La semejanza entre Alarico y Atila es puramente externa. El visigodo admira a Roma, el huno la desprecia. Alarico viste de general romano y todo su afán consiste en ser el jefe del ejército imperial. Cuando invade Italia (401), mientras Honorio cría pollos y tiembla, no por sus súbditos, sino por sus gallinas, en Milán, y cuando Roma cae en su poder (24 de agosto de 410), el visigodo no se atreve a suceder a los Césares, y eleva al trono al antiemperador Attalo. El rey de los hunos viste casi siempre sus pieles negras, su bonete oscuro, sus ropas sencillas de bárbaro. Considera a los emperadores como a dos súbditos poderosos y su derrota futura como un paso para «la gran conquista». Atila es rey de reyes y en su corte viven reyes francos, ostrogodos, gótipos, hérulos... Alarico, con su ingenuidad de germano, está cegado por las glorias de Roma. Atila sonríe, con su sonrisa despectiva de asiático, ante la podredumbre del Imperio agonizante.

Una muchedumbre de jinetes, acompañada de todo ese lastre de carros familiares, elemento indispensable de las migraciones bárbaras, aparece el año 451 junto al Rhin. Formaban la ola invasora más de 500.000 hombres. Había gigantescos germanos, blancos y rubios, esla-

vos vestidos de cuero, pero sobre todo mogoles amarillos, tropas escogidas entre los hunos y sus aliados asiáticos.

El primer obstáculo que la horda barre y elimina son los burgundios, que, dirigidos por su rey, Gunther, intentan oponerse, siendo derrotados. Esta y otras luchas anteriores entre hunos y burgundios dan origen al poema de los Nibelungos, y a su trágico epílogo, cuando Kriemhilda (la Gudrun de la Edda, y Gutruna wagneriana), viuda de Sigfredo, se casa con Atila para vengar la muerte de su esposo, asesinado por Hagen y Gunther, a quienes atrae a la corte del rey de los hunos, que acaba con los Nibelungos.

Avanza la horda y toma a Bale, Estrasburgo, Besançon, Arras, desplegándose desde el Jura hasta el Océano. Metz la detiene, y cuando, después de encarnizada resistencia, los hunos se apoderan de la ciudad, la matanza y la destrucción son espantosas. Reims, Laon y San Quintín caen. La ruta de París está libre. Pero sus mujeres, animadas por la fe profética de Genoveva, se niegan a abandonar la ciudad y los hombres deciden no huir, aterrados ante la insensata obstinación femenina. Llegan los hunos hasta las puertas de París, pero desaparecen inesperadamente. Genoveva ha oído la voz de Dios. La ciudad se ha salvado.

Las malas nuevas llegadas de Toulouse, la capital visigoda, habían modificado la marcha de la horda. La habilidad política de Aecio triunfaba, empujando a Teodorico a unir sus armas a las de los romanos para batir a Atila. El rey de los hunos, al conocer estas nuevas, intenta un golpe atrevido. Tomar Orleáns, descender rápidamente sobre Toulouse y penetrar en la capital visigoda antes de que llegue Aecio. Pero aunque los alanos a sueldo de Roma que defienden el Loira dejan pasar el río a los hunos, el Obispo Aignan, que gobierna a Orleáns, organiza una tenaz resistencia. El cerco se aprieta sobre la ciudad, pero el obispo consigue atravesarlo y llegar a Arles, donde está Aecio, que consigue con su serenidad y tacto atraer a la causa romana no sólo a Teodorico, sino también a Meroveo y sus francos, a Gunther y sus burgundios y hasta a los alanos, que al ver que cambia la partida vuelven a inclinarse hacia Roma.

Animado el obispo, vuelve a Orleáns y se sostiene hasta el 23 de junio, día en el que la ciudad cae en poder de los hunos, que, exasperados, se entregan al pillaje, a pesar de la disciplina impuesta por Atila.

la. Cuando mayor es el tumulto, el ejército de Aecio llega y cae sobre la horda, que, sorprendida, se retira en desorden hacia Troyes.

Al norte de Sens Atila se detiene. El rey de los hunos no es un general. Es un diplomático, maestro en el arte de complicadas combinaciones, pero que no posee el rápido golpe de vista y la decisión de un buen capitán. La horda sirve para una rápida y brutal ofensiva. La retirada la desordena e indisciplina.

Continúa Atila su marcha, pasa ante Troyes y agrupa su horda en la inmensa llanura, decidido a interrumpir su retirada. Aecio entonces despliega, frente a los hunos, su ejército en orden de batalla.

Atila ha perdido su confianza y su serenidad. Giserico, el vándalo, que, por miedo a los visigodos, le ha empujado a la guerra prometiéndole su ayuda, no se ha movido del Africa. Germanos, galos y alanos no le han auxiliado. Y, sobre todo, frente a él está Aecio, el temido general, que ha resucitado el viejo espíritu de sus escasas, pero férreas legiones.

No se decide el rey a iniciar la batalla, y desde el alba los dos ejércitos se contemplan. Los hunos, nerviosos, impacientes, desordenados. Las legiones romanas, impasibles, seguras, conteniendo a visigodos, alanos y francos. Aecio conoce la psicología de Atila y sabe que cada hora que pasa hace más posible su derrota.

A las tres de la tarde comienza la batalla. Atila lanza su horda sobre el centro del ejército enemigo, que resiste. La lucha es violentísima. No hay heridos ni prisioneros. Aecio siente la suerte del Occidente en sus manos. El muro romano avanza, avanza... Teodorico ha muerto, pero los visigodos, dirigidos por Turismundo, su hijo, inician un movimiento envolvente, que en el otro lado del ejército repiten Meroveo y sus francos. De pronto, Atila da la orden de retirada, cuando la batalla está todavía indecisa. Los hunos se guarecen detrás de sus carros en círculo. Trescientos mil cadáveres cubren la llanura de los Campos Cataláunicos. Roma, agonizante, ha vencido.

Pero Aecio no está tranquilo. Ahora teme a sus aliados. Si francos, visigodos y alanos, que forman las dos terceras partes del ejército aliado, se unen contra sus escasas legiones, Roma está perdida. El equilibrio político que sostiene todavía al fantasma del Imperio romano exige que Atila no sea aniquilado. Y, ante la sorpresa de los hunos, el general romano juega este golpe audaz. Consigue que los

francos y los visigodos se retiren y permanece solo frente a Atila, que no se atreve a atacarlo.

Aecio conoce el carácter de su enemigo. Y cuando los hunos se retiran, el general ordena plegar las tiendas, y las legiones, con su paso rítmico, descienden hacia el Sur.

VI

CAMPAÑA DE ITALIA

Atila conduce a su ejército junto al Danubio y le permite invernar mientras lo organiza. Ha comprendido sus defectos e intenta introducir en las hordas la técnica militar romana. Por eso, a pesar de las protestas de parte de sus súbditos, sus soldados se forman en legiones, hacen la tortuga y emplean máquinas de guerra.

Pero el destino, que protegía al mundo latino, impide que esta organización nueva y peligrosa de las hordas llegue a dar sus frutos.

Marciano, el sucesor de Teodosio II, emperador enérgico y valeroso, y Aecio se unen para acabar con el nuevo peligro. Se proyecta una alianza entre los partos, los vándalos y los dos Imperios contra Atila. El rey de los hunos, acosado, comprende el peligro, y sin acabar su organización militar se lanza sobre Italia (452).

Atraviesa la horda la frontera y sitia a Aquileia, que cae, después de una tenaz resistencia, gracias a la nueva técnica militar del ejército bárbaro, que, triunfante, avanza por el Véneto, causando la creación de una ciudad que había de ser célebre en la Historia. Aterrorizados los habitantes de la región, abandonan la tierra firme y se refugian en las islas de la laguna. En una de ellas, en la de Rialto, nace Venecia, la futura república del comercio y de los mares.

Continúa la horda su terrible marcha y Atila entra en Verona, Padua, Pavia, Milán, Bergamo, Brescia, Cremona y Mantua.

El pánico reina en Italia, y sobre todo en la corte de Valentiano III.

Aecio ha sido llamado angustiosamente. El viejo general, «el último romano», a pesar de haberse retirado de la corte, de la que no había recibido más que ingraticudes, acude de nuevo a salvar a Roma. Su ejército permanece al sur del Po, sin presentar batalla a los hunos,

actitud pasiva que produce el terror del emperador y de su corte, que, abandonando Rávena, se refugian en Roma.

Aecio espera. Espera dos buenos auxiliares. El calor del estío y el ejército que prepara el emperador de Oriente. La táctica del general produce sus frutos. La horda, debilitada por el calor y las privaciones, se extiende por una región devastada, sin encontrar resistencia. Atila comienza a perder la serenidad ante su enemigo y ante las disensiones de sus oficiales. Comprendiendo su situación y temiendo ver aparecer al ejército de Marciano cortándole la retirada, decide caer sobre Roma.

Un suceso que la Historia no ha podido aclarar aún, impide que se realice este asalto desesperado a la Ciudad Eterna.

El ministro Petronio Máximo y el eunuco Heraclio habían llegado a formar en la corte de Valentiniano III un ambiente hostil a la figura noble y elevada de Aecio. Se consigue de nuevo convencer al emperador de que su general quiere arrebatárle el trono, y Valentiniano, asustado, encarga inesperadamente al Papa León el Grande, figura prestigiosísima en el mundo cristiano por su elocuencia, cultura y piedad, que salve a Roma negociando la paz con Atila.

Y así, cuando el rey de los hunos prepara en Mantua la marcha sobre Roma, sus centinelas le avisan que los romanos se dirigen hacia el Mincio, disponiéndose a cruzarlo. Deseoso de entablar batalla, hace avanzar Atila a su ejército. Pero al llegar al río el asombro se apodera de los hunos. Un grupo se aproxima lentamente hacia la orilla opuesta. Obispos vestidos de oro, monjes negros y graves, rodean a un anciano venerable. Blancos los cabellos y la luenga barba, y las vestiduras y el caballo, San León es como una flor de pureza y serenidad en el grupo lejano.

Detiene Atila su ejército. Se destaca y penetra en el río, manso, tranquilo, vadeable en aquel paraje. Observa con atención al anciano y de pronto le interpela, sobre su caballo, hundido en el agua sonriente hasta las rodillas: «¿Cuál es tu nombre?», grita. «León», responde la voz del anciano. Duda Atila. Los nombres de animales son objeto de un especial respeto entre los hunos. Se decide al fin y avanza hacia el Papa, que se destaca del grupo de obispos.

Conversan los dos solos, un rato, junto al río, mientras el clero romano canta sordamente. Atila, el huno, el asiático, el terror de Roma, el azote de Dios. San León, el latino, el occidental, el sostén

de Roma, el representante de Dios. Son dos fuerzas poderosas que chocan y casi se admiran.

Nadie supo lo que hablaron; pero al volver junto a su ejército, Atila da algunas órdenes y la horda evoluciona rápidamente y se retira hacia el norte, mientras el rey de los hunos, sobre su caballo, piensa tal vez con emoción en aquel anciano vestido de blanco que se llamaba León.

VII

LA MUERTE

En el gran salón del palacio de Etzelbourg, la capital del Imperio de Atila, los comensales dormitan, embrutecidos por los excesos del banquete nupcial. El rey acaba de celebrar un nuevo matrimonio. Cargados de presentes han acudido gran parte de sus súbditos y aliados a las alegres fiestas. Y, sin embargo, mientras sus convidados se emborrachan, Atila muere. Muerto, desnudo, tendido, con los brazos en cruz, sobre las pieles blancas del lecho nupcial, ensangrentadas por una violenta hemorragia, lo encuentran a la mañana siguiente sus oficiales y sus ministros, mientras Hildiko, la joven y nueva esposa, tiembla de miedo en un rincón de la estancia.

La muerte de Atila ha sido natural, causada, al parecer, por los excesos del banquete, aunque el pueblo habla de asesinato.

Con este contraste irónico que presenta la vida, Etzelbourg cambia sus fiestas en funerales. En el centro de la gran llanura, bajo una tienda, reposa Atila. La horda, dejando un gran espacio libre, forma un círculo a su alrededor. Lloran el pueblo, lloran los guerreros, los ministros, los hijos del rey, presintiendo acaso el fin del Imperio huno. Los poetas cantan las glorias del difunto; suenan agudas flautas y sordos tambores. Jinetes veloces recorren el terreno libre entre la tienda y los espectadores, fingiendo un combate en el que poco a poco toma parte la horda entera, que se ataca enloquecida, gritando de dolor y girando alrededor de la tienda funeraria entre una nube de polvo.

Cuando el sol se oculta tras la serena línea del horizonte de la llanura, el combate cesa y la muchedumbre se dispersa. Unos cuantos caballeros velan a Atila y entierran su cuerpo y sus tesoros cuando

HISTORIA

llega la noche. Después, los guerreros que han solicitado acompañar al rey en su viaje eterno galopan alrededor del túmulo por última vez. Son estrangulados y se les sostiene sobre sus caballos, muertos también y sujetos de pie a unos postes de madera.

Así, aquella guardia terrible de jinetes cadáveres sobre caballos muertos vela a su rey, con sus manos ya frías sobre los arcos que nunca dispararán, formando en la noche un círculo trágico e inmóvil que rodea al túmulo, bajo el cual el amarillo y frío cuerpo de Atila—el rey de los hunos que soñó la conquista del mundo—se pudre junto al amarillo del oro, duro y frío, del rico botín.

(Dibujo de Marisa Pinazo, según un grabado de la Biblioteca de Palacio.)

BIBLIOGRAFIA

GIBBON: *Histoire de la décadence et de la chute de l'Empire romain.*

SIMONDE DE SISMONDI: *Chute de l'Empire romain.*

ERNST HOHL: *El Imperio romano* («Historia Universal» de Espasa-Calpe).

H. W. C. DAVIS: *Europa Medieval.*

AMÉDÉE THIERRY: *Histoire d'Attila et de ses successeurs.*

MARCEL BRION: *Attila.*

TROPLONG: *La diplomatie d'Attila.*

MOMMSEN: *Aetius.*

PRISCOS, en el *Corpus scriptorum byzantinæ historiæ.*

SAN ISIDORO: *Historia de regibus Gotorum, Vandalorum et Suevorum.*



Evolución del traje femenino español en la Edad Media

POR

MARIA ENCARNACION VINUESA

El traje responde a los tiempos, y de las vicisitudes de la vida surge la necesidad de tal o cual traje; por esto se relaciona tanto con la historia de cada país. Nación como la nuestra, que por su situación geográfica recibió las invasiones occidentales y orientales, tiene en algunos momentos de su vida un traje peculiar, en el que se mezclan profusamente ambos elementos, y por su misma situación, tan propicia a infiltraciones extrañas, es por lo que puede decirse que durante la época que nos ocupa no tuvo un traje netamente propio. No ocurrió lo mismo en la Edad Moderna; en ella España no era influida, influía; y así ocurrió que es la moda española la que impera en Europa durante una parte de esa edad.

El traje femenino, durante toda la Edad Media es una continua aspiración a ceñir la figura, aspiración que se logra en el siglo XIII, en el que desaparece un traje que sin caer en las exageraciones de los siglos XIV y XV cumple su cometido, es decir, da realce a la forma, explotando la líneas naturales.

Podemos establecer un parangón entre el traje y la arquitectura de esta Edad. El traje de sus primeros siglos se pega a la tierra, está falto de forma, pesa, por decirlo así, sobre el ánimo, es algo monacal, y lo mismo ocurre en los edificios, en los que no existen casi los vanos y nada se remonta. El siglo XII puede considerarse de transición, y así se llega al XIII, en que florece el arte gótico, el arte de las grandes catedrales de afiladas torres, que nos acercan al cielo y cuya silueta ofrece al caminante una meta de aspiraciones a lo alto, y en conjunto armónico con la ciudad de las talladas agujas y esbeltos ajimeces estaba el traje, dibujado y gracioso, que daba distinción a la figura, y con los elevados tocados contribuía a dar a la persona mayor altura y un aire místico,

idealista y soñador. Conforme va avanzando el tiempo, a mediados del siglo XIV y por todo el siglo XV, empieza la decadencia, desaparece la sobriedad, condición indispensable del arte; trajes y edificios tienden al recargo excesivo de adornos y se pierde la equilibrada armonía del siglo anterior. Al acabar la Edad Media y comenzar la Moderna, el traje y la arquitectura se separan, aquél continúa exagerándose cada vez más, ésta, por el contrario, vuelve a la severidad de las líneas clásicas.

Vamos, pues, a dar, lo más resumida posible, una visión de la evolución del traje femenino en España desde la época visigoda hasta el siglo XV.

Situémonos, por tanto, en tiempos de los visigodos. Cosa sabida es



Dama del siglo VI.

que éstos conquistaron el territorio, pero fueron a su vez conquistados por las costumbres romanizadas de la Península, entre las cuales estaban cuantas se relacionaban con el traje, acerca del cual no entraremos en detalles, por ser de todos conocidos. Por su lado introdujeron modificaciones de carácter accesorio: sus mujeres, por ejemplo, en el siglo VI se ceñían con dos cinturones, uno debajo del pecho y otro sobre la cadera, a pesar de lo cual conservaban sus túnicas anchura desmesurada. Según testimonios de la época, las mujeres españolas preferían la toca o manto, llamado *mavorte*, a la garganta y brazos desnudos de las francesas y alemanas. San Isidoro cita el *amiculo*, velo que durante toda la Edad Media llevó toda mujer honesta; pero el principal cambio de los trajes en esta época fué operado por los bizantinos. Estos, en tiempo de Atanagildo, y llamados por él, se establecieron en el sudeste de la Península, aportando modificaciones en los colores de los trajes, ahora de colores vivos, y un gran lujo de accesorios.

Con la invasión árabe se trunca la vida nacional, no preocupándose por mucho tiempo más que de reconquistar el territorio invadido. No obstante, sin embargo, las frecuentes incursiones y la tirantez de relaciones, que por fuerza existía entre las dos razas rivales, no dejó de pasar a nuestras mujeres algo de las modas árabes; prenda característi-

ca de este momento es el *caramiello* asturiano, especie de turbante plano, hecho de vendillas entrelazadas y sujetas por detrás a otra venda, que giraba por debajo de la barbilla.

En el siglo IX parece resurge algo la vida social. Llevaban las damas sobretúnicas de manga abierta, las túnicas no son ya tan amplias como en siglos anteriores y la silueta femenina va cambiando. Por entonces nació el *brial*, vestido con aberturas a los lados y trenza de cordones para ajustarlo. Los tocados se componían de diademas, velos y los mantos, llamados *dominicales*, que caían por la espalda y se prendían a la cabeza con una aguja de marfil, conocida por el nombre de *risile*. Peculiar de este siglo es la *quimpa*, especie de toca sujeta a la barbilla con precioso broche.

Durante los siglos X y XI empiezan a operarse en los trajes innovaciones varias, que darán como resultado en los siglos XII y XIII el cambio total en la indumentaria femenina. Las mangas empiezan a adquirir importancia, haciéndose más anchas. En general se llevaban dos túnicas, una con manga justa y la otra con ella ancha y holgada, que caía en punta desde el codo.

En el siglo XI, con la conquista de Toledo, se dió entrada a muchos extranjeros, que introdujeron sus modas hasta cierto punto en España; se adoptó entonces la *cota atrevida*, común a ambos sexos, cerrada por el cuello y las muñecas y sujeta por un ceñidor.

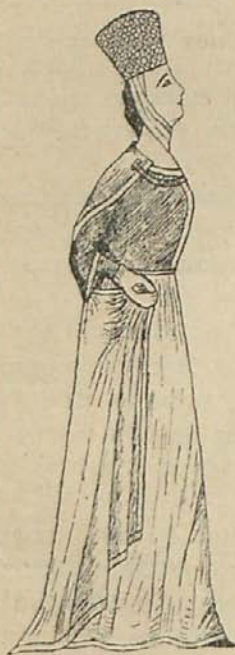
Y ya en el siglo XII el traje va adquiriendo un carácter más gracioso, debido, sin duda, a las exigencias de la vida social. Recobrada poco a poco la tranquilidad y conquistados los territorios, surge la vida de corte más o menos fastuosa, y las damas ponen más empeño en que sus trajes dibujen lo que antes se trataba más bien de desfigurar: la forma del cuerpo.

La principal modificación consiste en hacer resaltar el busto, para cuyo efecto se recurrió al arte del corte, que adquirió desde entonces gran importancia. Se crea también el corsé, que se colocaba encima de la túnica e iba sujeto a los lados con cordones, que se dejaban colgando. Se generalizó asimismo en este siglo el llevar el pelo recogido en dos trenzas muy abultadas y rodeadas de cintas.

Y entramos en el siglo XIII, en el que puede decirse que todas las modificaciones que venían apuntándose se plasman en un traje el más artístico de cuantos hemos expuesto, cuya mayor gracia estribaba en la manera de llevarlo. Ya hemos visto cómo en los siglos anteriores venían

modificándose los trajes en torno a resaltar las formas humanas; esto se consigue en este siglo plenamente. Las damas muestran gran predilección por los velos a la usanza oriental, y sus trajes alcanzan una gran animación y variedad de colorido, siendo frecuente que, para elogiar a una dama, se la comparase por su traje a un papagayo (1). Siguen usando todavía la túnica talar, pero con objeto de ceñirse el cuerpo se inventan los justillos y las fajas, éstas muy apretadas. Encima de estas prendas, un manto con cordones, que lo sujetaban cruzando el pecho, completaba su atavío. El lujo desplegado en ellos debió de ser enorme, puesto que en el ordenamiento de Valladolid se prohibió adornarlos con oro, plata y armiño.

Las mangas adquieren inusitada importancia, y a mediados de siglo aparecen las llamadas *mangas perdidas*. Muy interesantes son también los tocados, en los que juegan importante papel los velos. Se componían de tocas de diversas formas, tendiendo todas a alargar la figura: unas tenían forma de media luna y llevaban pendientes velos para embozarse; otras eran semejantes a un cono, y, por último, las había cilíndricas, más anchas por arriba que por abajo, forradas de seda, con dibujos de oro y adornadas en su borde con botones dorados. Se sujetaban con una banda, que pasaba debajo de la barbilla y daba al rostro cierto aspecto triangular. En España se generalizó este último tocado con la llegada de Doña Beatriz de Suavia, cuya estatua, existente en el claustro de la catedral de Burgos, nos muestra el tipo de toca cilíndrica.



Dama del siglo XIII. El complemento del atavío lo constituían los guantes, sin más separación que para el dedo pulgar, siendo los mejores los fabricados en Lérida. Los documentos le dan el nombre de *luas*, *luvas* o *uvantes*:

(1) Aparecen los papagayos en Europa por la época helenística.

El manto e su brial (1)
De xamet era que non d'al;
Un so[m]brero tien en la testa,
Que non fiziese mal la siesta;
Unas luvas tien en la mano,
Sabet non ielas dio vilano.

La vida social iba intensificándose, y surgen entonces las fiestas de corte, justas y torneos, a las que concurrían las damas con sus mejores atavíos, completando su traje con toda clase de adornos, tales como fibulas, broceses, anillos, etc.

A mediados del siglo XIV y en el XV, el traje se exagera cada vez más, y al sencillo y elegante traje anteriormente descrito suceden otros recargados y faltos de elegancia. Estas exageraciones tuvieron lugar principalmente en otros países; pero si bien España se mantuvo al margen de ellas, al fin no pudo por menos de sentir su influjo. Empezaron a usarse los escotes, que llegaron al mayor descoco, y las faldas, que substituyeron a las túnicas.

Las damas españolas llevaban un justillo escotado con manga muy ceñida, que llegaba hasta la mitad de la mano. Semejantes a ellas eran también las de los juglares y pajes:

Vestían de azeytuni (2)
Cotas bastardas bien fechas,
De un fino carmesi
Raso las mangas estrechas...

Y empieza la Edad Moderna: en ella la moda sigue nuevos derroteros. ¿Mejores o peores? No nos es dado juzgar: creemos que ni lo uno ni lo otro, sino sencillamente opuestos.

(Dibujos de Mañá.)

(1) Anónimo del siglo XIII.

(2) Marqués de Santillana: *Serranillas*.

HISTORIA

BIBLIOGRAFIA

CARDERERA Y SOLANO (VALENTÍN): *Iconografía Española*.

CLONARD (CONDE DE): *Discurso histórico sobre el traje de los españoles desde los tiempos más remotos hasta los Reyes Católicos*. Memorias de la Academia de la Historia, tomo IX.

MAURA Y GAMAZO (GABRIEL): *Rincones de la Historia*.

DANVILA (J.): *Trajes y armas de los españoles desde los tiempos prehistóricos hasta los primeros años del siglo XIX*.

RACINET: *Le costume historique dans tous les temps et chez tous les peuples*.



MAIMÓNIDES

POR

JOSE GALAN RODRIGUEZ

Las armas del Islam como un amanecer se extienden por todo el orbe. Nunca fué una conquista tan extensa, pero también tan débil. Partiendo de una sola autoridad, jefe político y religioso, al caer de los años son muchas las autoridades que obran con independencia política, y son muchas las luchas que, pintando de sangre la nitidez de sus mezquitas, se entablan por interpretaciones del Alcoran.

Abderrahaman I, fundador de la dinastía de los Omeyas en España, con su esfuerzo y tesón, con su talento y diplomacia, y también con su crueldad, consigue formar un imperio potente y temido por los reinos, en embrión, de los cristianos.

Pasados algunos años, pocos, esta unidad se rompe y son muchas las fracciones que de ella quedan. Son levantamientos de pueblos cristianos sometidos, son revoluciones de orden político las que por todo el Imperio, ya decadente, se suceden con frecuencia inusitada, es en el mismo Córdoba donde el postrer suspiro de un califa se oye en sus calles como anuncio de un fin no lejano. Pero...

Los cristianos no por su unión, sino por la decadencia de sus enemigos, consiguen señaladas victorias sobre los reinos de Taifas.

Es tanta la pujanza de las tropas cristianas, que los reyes de Taifas, ante el temor de ser despojados totalmente de sus reinos, después de muchas vacilaciones, llaman en auxilio al poderoso sultán de los almorávides, Yusuf-ibn-Taxfin. Este hombre rudo consigue detener el avance cristiano y también logra apoderarse de Al-Andalus, incorporándolo al imperio almorávide.

Como al margen de tanta ansiedad y de tanta pasión y descansando de las persecuciones que en todos los tiempos y en otros lugares sufrieron, los judíos, que conviven con los musulmanes, aportando su

laboriosidad, ya material, ya intelectual, consiguen un vivir tranquilo.

En Marruecos, los montañeses del Atlas, fanatizados por Mohamed-ibn-Túmart, se levantan en armas y derrotan a las fuerzas almorávides. Estos sectarios llamados almohades (unitarios) se apoderan de todo el imperio de Yusuf y de Al-Andalus, que de él formaba parte. Esta invasión (1148) ahoga el racionalismo musulmán y cambia la tolerancia que había por la intransigencia, que se convierte en persecución, una vez consolidado el nuevo orden. Convertirse o huir, estos son los caminos que marcan los invasores. Muchos judíos, la mayor parte de ellos, tienen que refugiarse en los reinos cristianos; otros lo hacen en estados musulmanes no sometidos al fanatismo.

En un horizonte tan preñado de malos augurios nació en Córdoba, el 30 de marzo del año 1135, Moisés ben Maimon, conocido entre los árabes con el nombre de Abu-Imran Musa ben Maimun ibn Abdallah, y entre los cristianos con el de Maimónides. Su padre, matemático, astrónomo y talmudista distinguido, cuidó con esmero de la educación de su hijo. Este no solamente asistió a los colegios judíos, sino también a las escuelas árabes, donde tuvo por maestro a un discípulo del filósofo Avempace (Avenbaya).

Maimónides, que en el momento de la invasión almohade contaba trece años de edad, se vió obligado a huir con su familia, y por los años 1159 o 1160, acompañado de su padre, de su hermano David y de su hermana, emigró a Fez. Al poco tiempo parten para Palestina, pasando graves peligros durante el viaje, y llegan a Akka (San Juan de Acre) el 16 de mayo de 1165. Marchan a Egipto, se establecen primero en Alejandria y después en Fustât (Viejo Cairo), donde muere el padre de Maimónides, siendo tal la celebridad que el filósofo gozaba ya, que recibió cartas de pésame de africanos y españoles.

Maimónides y su hermano David se dedican al comercio de piedras preciosas. David pereció en el naufragio del navio que le llevaba a la India, y en el que iba la fortuna de ambos hermanos. Maimónides, por necesidad, se dedicó al ejercicio de la medicina, al mismo tiempo que daba conferencias públicas sobre materias filosóficas.

El célebre Saladino, héroe musulmán de la tercera cruzada, derrotó a los fatimies y se hace dueño de Egipto. La nueva dominación favorece notablemente a Maimónides. Alfadel, ministro de Saladino, incluye al pensador judío entre los médicos de cámara.

Su fama era ya considerable. Fué nombrado presidente del colegio rabínico del Cairo; se le consultaba desde Palestina, Tyro y Egipto, y, a partir de 1175, sus dictámenes rabínicos formaron jurisprudencia autorizada.

Su misma celebridad engendró la envidia, suscitando contra él persecuciones. Hacia 1187 llegó a Egipto el teólogo y poeta árabe Abularab ibn Haischa, que había conocido y protegido a Maimónides en Fez, cuando el último hacía externamente profesión de fe musulmana. Viéndole al frente de la sinagoga, acusóle de ser un relapso; pero la protección de Alfadel salvó a Maimónides, declarando que no podía acusarse de apostasía a una persona que aceptó a la fuerza una religión y la abandonó cuando pudo. El mismo Alfadel nombró a Maimónides jefe de todas las comunidades egipcias.

El 13 de diciembre del año 1204 murió Maimónides, a los setenta años de edad, siendo universalmente llorado por israelitas y musulmanes. En Jerusalén se decretó un día de ayuno general y toda la comunidad asistió a sus funerales. Su cadáver fué inhumado en Tiberíades, y sobre su sepulcro se puso un epitafio en el que se le elogiaba extraordinariamente, aunque más tarde fué sustituido por otro donde era calificado de excomulgado y hereje.

Dejó un hijo, Abraham, que heredó su dignidad de jefe y se distinguió como médico y talmudista.

La vida de Maimónides, a excepción de sus últimos años, es la corriente entre todos los judíos de la época. Completamente errante de país en país, pendiente de acusaciones que hubieran terminado con su existencia, este hombre universal, a pesar de vida tan agitada, va componiendo sus trabajos y los va publicando, levantando a cada nueva publicación grandes controversias.

Joven, probablemente en Fez, anuncia el camino principal de su actividad. Obra de astronomía, un calendario científico aplicado al judaísmo, y sobre todo un comentario sobre algunos fragmentos del Talmud, preludio de sus trabajos futuros, son sus primeras armas en el campo literario y científico.

A los treinta años, para aclarar pasajes embrollados del Talmud, escribe en árabe su famoso comentario sobre la Mixnah (1), titulado Si-

(1) La Mixnah es el depósito de las tradiciones, de las reglas de interpretación y de las decisiones doctrinales.

rach (Dilucidación), en el año 1168. En una de sus partes, Maimónides tiende por primera vez a fijar en trece artículos de fe las creencias fundamentales del judaísmo. Estos artículos tratan: los cinco primeros, de la naturaleza de Dios; los cuatro siguientes, de la Revelación, y los cuatro últimos, de la Providencia, la Resurrección, la misión del Mesías y la remuneración del hombre.

Una faceta muy interesante de Maimónides son las respuestas que da a cartas que le dirigen, de todos los países, sus correligionarios sobre cuestiones del dogma y de la práctica.

En una epístola fechada en Fez en el año 1165, y cuya autenticidad no está universalmente reconocida, Maimónides, consultado sobre el deber del israelita colocado entre la abjuración y la muerte, recomienda a aquellos que se vean en esta cruel alternativa abandonar, como él lo había hecho, todo lo que fuera más querido para refugiarse en país más tolerante. Sin embargo, a pesar de las persecuciones que sus correligionarios y él mismo fueron víctimas por parte de los musulmanes, no testimonia ningún odio contra ellos, y en una carta dirigida a uno de sus últimos convertidos al judaísmo declara que, no obstante algunos errores y algunas costumbres paganas, el Islam no es una religión idólatra, puesto que reconoce la unidad de Dios.

Son dignas de recordar las cartas que dirigió a un tal Jacob Alfayomi, que le había pedido su opinión sobre la propaganda de un falso mesías. Rebate duramente la impostura de ese hombre, que no llena ninguna de las condiciones señaladas para jugar este papel, y cita muchos pseudomesías en Fez, Córdoba y Francia, cuya aparición fué para sus hermanos un manantial de desgracias.

Los Gaonín, especialistas de la Ley y del Talmud (estudio), fueron los que resolvieron las conductas que sobre la materia legal les hacían, y reunieron en sus *Xeelot* y *Texubot* (Preguntas y respuestas) las contestaciones correspondientes a los casos particulares y prácticos que se les proponían.

Isaac Alfasi, entre los Gaonín, fué quien recopiló las *Halakot* (conductas) o *Dinim* (leyes), resumiendo hábilmente las farragosas disensiones, ajustando a cada paso la conducta correspondiente.

Maimónides, discípulo mediato de Alfasi, condensó todas las *Halakot* y *Dinim* en torno a los 613 preceptos tradicionales, comentándolos con su magistral ciencia filosófica y teológica en su *Mixné Tora* (repetición de la ley). Esta obra, el único de sus trabajos que está redactado

en hebreo, la terminó entre los años 1178 al 1180. Es un código de la legislación talmúdica sobre un plan sistemático. Esta obra, también llamada *Yad Hazaqa* (Mano fuerte), consta de catorce libros, que tratan de lo siguiente: 1.º, el conocimiento; 2.º, la amistad; 3.º, las fiestas; 4.º, las leyes conyugales; 5.º, la santificación; 6.º, los votos; 7.º, las semillas; 8.º, el culto divino; 9.º, los sacrificios; 10, la pureza; 11, los perjuicios; 12, transacciones comerciales; 13, los juicios; 14, los jueces. Cada trabajo está dividido en *Halakot* (conductas), *Peraqim* (capítulos) y *Mixnáyot* (párrafos). Con esta obra, en cuya redacción empleó diez años, y que es única en la literatura talmúdica, hubiera sido suficiente para asegurar su gloria.

Maimónides fué atacado por algunos correligionarios suyos, que con la división hecha le achacaban la intención de separar a las gentes de los estudios talmúdicos. No he buscado, dice Maimónides, escribir un comentario con preguntas y respuestas, sino un resumen destinado a aquellos que no tuviesen tiempo o capacidad necesarios para estudiar el Talmud en el texto mismo. Y este resultado lo consigue plenamente. Su obra introduce un plan y un orden allí donde no había más que incoherencia y confusión. Es la obra religiosa de los judíos más grandiosa que se produjo en la Edad Media.

Anteriormente al «*Mixné Tora*», y en el mismo espíritu, Maimónides, en su *Séfer Hamitzwot* (libro de los mandamientos), había reducido las 613 prescripciones bíblicas a 14 principios generales. Esta obra, traducida tres veces en hebreo y comentada más de setenta veces, fué estudiada con ardor y combatida con violencia.

También en el aspecto científico se distinguió como médico famoso, gozando de grande y merecida fama. Escribió muchos libros, entre ellos un resumen de los diez y seis libros de Galeno; un comentario a los aforismos de Hipócrates; un tratado sobre toxicología, otro sobre farmacopea y algunos más.

No es que la filosofía en la Edad Media naciera por generación espontánea, no; tiene sus antecedentes directos en la filosofía griega y romana. Las religiones más potentes, conocidas en este período de la historia, son la cristiana, la musulmana y la judía. Las tres buscan una armonía entre sus concepciones religiosas con las teorías filosóficas de Aristóteles, de Platón y las de los neoplatónicos. Son tres potentes reflectores que iluminan de Oriente a Occidente y de Norte a Sur las mentes atemorizadas de los hombres. Santo Tomás, llama inextinguible del

cristianismo; Averroes, gran filósofo árabe, y Maimónides, punto más alto de la trayectoria religioso-filosófica de los judíos, son los tres pedestales donde las distintas creencias se cobijan para poder llegar a concepciones formales sobre problemas tan arduos como los filosóficos.

En el Cairo, por los años de 1190, diez años después de publicada su «*Mixné Tora*», y redactada en árabe, Maimónides publicó su gran obra filosófica, una de las más importantes que ha engendrado la Edad Media, titulada *Dalalat Al-Já'irin*, en hebreo *Moreh Nabukhim* (Guía de los descarriados). El autor se dirige en su introducción a los que, habiendo buscado inútilmente una conciliación entre el sentido literal de las escrituras y las verdades racionales, permanecen en la duda y en la inquietud. Más bien sobre hipótesis que sobre afirmaciones, esta obra la divide en tres partes: 1.ª, contiene 76 capítulos que tratan sucesivamente de los atributos de Dios, de los antropomorfismos de la Biblia, de las opiniones filosóficas profesadas, en esta época sobre todo, por el *Motekallemim* (teólogos árabes); 2.ª, compuesta de 48 capítulos, en los que analiza la filosofía de Aristóteles y desenvuelve la teoría de la preexistencia del mundo y los dogmas de la revelación y de la profecía; 3.ª, que comprende 45 capítulos; empieza con la continuación del estudio sobre la profecía, sigue con uno de la providencia y termina con el de la legislación bíblica.

Maimónides no recuerda a Dios más que de atributos negativos, sólo compatibles con su unidad y su espiritualidad. Las pruebas que aporta de la existencia, de la inmaterialidad y de la unidad de Dios son de orden cosmológico y tomadas a Aristóteles y a Avicena. Adopta el sistema de Aristóteles sobre la existencia de las esferas supraterrrestres. Contrariamente al filósofo griego, que admite la existencia de una materia prima, enseña la creación *ex nihilo*.

Por la definición de la Providencia, Maimónides se separa de Aristóteles, se atiene a la concepción bíblica, proclamando la libertad humana y la justicia divina. La felicidad del hombre consiste en el perfeccionamiento de su ser moral. Su ideal está realizado en el profetismo.

La Ética de Maimónides, inspirada en la de Aristóteles, se distingue por su pureza y su elevación.

Al mismo tiempo que Maimónides escribía su «Guía de los descarriados», su contemporánea, el célebre filósofo árabe Averroes o Ibn Roschd, publicó sus «Comentarios sobre Aristóteles», estableciendo,

como el autor del «Moré», la supremacía de la filosofía de Aristóteles en el dominio de la religión.

Uno y otro, a causa de sus ideas liberales, hubieron de sufrir, por parte de sus correligionarios, tormentos y tribulaciones de todas clases.

Después de la muerte de Maimónides, se abre un período de luchas entre la filosofía y la tradición. Es primeramente en España y en la Provenza, más tarde en el norte de Francia, donde se levantan bruscamente banderas antimaimonistas. Estos embates, que habían de durar un siglo, entre sus defensores y adversarios, culminó con el triunfo de la tradición sobre la filosofía. La filosofía que Maimónides había elevado a tan alto lugar es destrozada por la tradición, por el estudio del Talmud y por la cábala. Al espíritu amplio y liberal sucede uno estrecho y exclusivo.

Tres rabinos franceses, Salomón ben Abraham, de Montpellier, Jonás ben Abraham Gerondi y David ben Saul, constituyeron un tribunal inquisitorial contra los lectores de los escritos de Maimónides y contra los que se dirigían a otros asuntos que no fueran la Biblia y el Talmud. Por esta época, que los franciscanos y dominicos perseguían violentamente la herejía de los Albigenes, fueron llamados por estos rabinos para que cortasen igualmente la herejía en el seno del judaísmo, y las obras de Maimónides fueron quemadas en Montpellier y en París. Este acontecimiento provocó una reacción contra los antimaimonistas. Jonás Gerondi, arrepentido de su severidad, quiso hacer una peregrinación a la tumba de Maimónides para implorar su perdón, pero murió en el camino, en Toledo.

En España, por estar nutridos de cultura hispano-árabe, Meir ben Todros y Juda ibn Alfachar fueron los adversarios más fuertes que tuvo Maimónides.

Su hijo Abraham, sus descendientes, y además prestigios como Schemtob ibn Palquera, Isaac Albalag, Jacob Anatolio, Levy ben Abraham y muchos más, son los defensores de Maimónides.

Son conciliadores en esta lucha David Kimchi y Nachmanides.

Muchos años después, R. Abraham bar Salomón de Torrutiel escribió un libro con el título de «Séfer Ha Qabbalah» (El Libro de la Cábala), exponiendo las generaciones de sabios que existieron desde Abraham bar David, que murió en 1180, hasta el año 1510. Este maestro, al citar a Maimónides, dice: «La más grande lumbrera, nuestro maestro y señor R. Moisés B. Maimon, explicó la Ley en Israel más que todos los

gaonim que le precedieron y dispensó grandes beneficios a los israelitas. Sus libros se divulgaron de Oriente a Occidente, y tuvo partidarios en todos los países. Fué Moisés varón muy considerado del rey de Egipto y de todos sus servidores, y su fama corrió por todo el mundo. Además, a su conocimiento de la Ley añadía el ser muy notable en el de la filosofía griega, en el arte de la Medicina y en la Astronomía, como se demuestra por los libros que compuso de toda ciencia. Fué muy rico y murió en Egipto el año 4965 de la creación (diciembre del 1204).

Por la captación de los conocimientos profundos de la «Guía de los descarriados», los más grandes genios de los judíos modernos, los Spinoza, los Mendelssohn, los Salomón y otros muchos, han entrado en el santuario de la filosofía. «La obra de Maimónides—dice Munk—es la última fase del desenvolvimiento de los estudios filosóficos entre los judíos, considerados como sociedad aparte».

A lo largo de la literatura judía aparecen dos palabras, dos signos: la Halaka y la Hagada, que acotan de manera concreta las diversas manifestaciones intelectuales de los judíos. La primera, la Halaka, es el estudio de la parte legal de la Biblia; por lo tanto, fría, seca, egoísta, se encarga de la salvación del alma. La segunda, la Hagada, es el estudio y comentario de los Profetas y narraciones, alegre, social, democrática, universalista. Estas dos fuerzas, opuestas, pero complementarias, han forjado un espíritu sereno, que es el aliento vital del pueblo judío.

Con este espíritu propio de los de su raza y con su saber enciclopédico, Maimónides introdujo orden y método en los campos intrincados del Talmud; señaló la dirección y el principio de los conocimientos teológicos; armonizó la filosofía griega con la religión revelada, puente extendido para que la escolástica unificara la razón y la fe; contribuyó al progreso de la Medicina; concentró en él, para extenderlo más intensamente sobre su generación y sobre numerosas generaciones siguientes, los rayos múltiples del hogar intelectual de su época.

Por estos días se cumple el octavo centenario de su nacimiento.

Recordemos con emoción al representante más perfecto de esta época que tuvo por características esenciales de su espíritu sereno estas dos cualidades: liberal y tolerante.

HISTORIA

BIBLIOGRAFÍA

- GRAETZ: *Les juives d'Espagne*, trad. Stenne; París, 1872.
BLOCH ET LEVY: *Histoire de la Literature juive*; París, 1901.
MUNK: *S. Mélanges de Philosophie juive et árabe*; París, 1859; editor,
J. Gamber, París, 1927.
BONILLA SAN MARTÍN (A.): *Historia de la Filosofía Española*, tomo II.
G. PALENCIA (A.): *Historia de la Literatura Árábigo-española* (C Labor).
CANTERA (F.): *El Libro de la Cábala*; Salamanca, 1928.
The Jewish Encyclopedia.

BIBLIOGRAFIA

Incluiremos en esta sección:

- 1.º *Revistas y libros recibidos.*
- 2.º *Revistas y libros cuya reseña juzguemos interesante para nuestros lectores.*
- 3.º *Extractos de conferencias o resúmenes de libros, lo bastante extensos para producir una visión de conjunto en el lector que no pueda acudir al original.*

Del sumario de las revistas citaremos únicamente aquellos artículos que tengan relación con los temas históricos.

REVISTAS EXTRANJERAS

Mercure de France, 1 janvier 1935. París.

En el sumario de este número figura un artículo interesante del doctor A. Legendre sobre el tema «Une Fédération des Races jaunes est-elle réalisable?»

Mercure de France, 15 janvier 1935. París.

Charles Saglio: «Le Harem du Grand-Turc».

Mercure de France, 1 février 1935. París.

A. van Gennep firma una crónica sobre el Museo Prehistórico de Toulouse.

Revue des Deux Mondes, 1 janvier 1935. París.

Octave Aubry: «Les derniers jours de Napoléon».

Revue des Deux Mondes, 15 janvier 1935. París.

A. Augustin-Thierry: «Le Prince Imperial; I, L'Efrance».

Revue des Deux Mondes, 1 février 1935. París.

A. Augustin-Thierry: «Le Prince Imperial: II, En Angleterre».

Revue des Deux Mondes, 15 février 1935. París.

Pierre Benoit: «Saint Jean d'Arc».

- Louis Madelin: «Les lettres de Napoléon a Marie Louise». *Le Mois*, janvier-février 1935. Paris.
- «La troisième République et l'histoire».
- «L'Islam, la France et l'Afrique du Nord».
- «Etudes historiques en France».
- Revue des cours et conférences*, février 1935. Paris.
- H. Hauser: «Idées et politique économique du Cardinal Richelieu».
- Porquet: «Deux feudaux, Bretagne et Bourgogne».
- Allier: «Le brigandage au bon vieux temps».
- Revue Historique*, novembre-décembre 1934. Paris.
- Albert Vogt: «La jeunesse de Léon VI».
- Roger Chauviré: «Etat présent de la controverse sur les Lettres de la Casette».
- Georges Bourgin: «Sur la Commune de 1871».
- Bulletin Historique:
- Paul Cloché: «Histoire grecque».
- E. Préclin: «Histoire des Etats Unis, depuis 1787».
- La Nouvelle Revue*, 15 février 1935. Paris.
- J. Raymond: «Chambord: Son Histoire de 1785 a 1792».
- G. Peytavi de Fauget: «Les Révolutions de Florence au XIV siècle».
- Revue Historique du Sud-Est Européen*.
- N. Iorga: «La France de Terre Sainte, considérations synthétiques» (Conferencias dadas en la Sorbonne).
- Aurélien Sacerdotenau: «Remarques sur l'origine des Roumains».
- La Critica*, 20 gennaio 1935. Napoli. (Dirigida por Benedetto Croce).
- Benedetto Croce: «Gli studi storici nella varietà delle loro forme e i loro doveri presenti».
- Adolfo Omodeo: «Note critique alla storia del Risorgimento: Mazzini e Cavour».
- Critica de Benedetto Croce sobre el libro de A. Silmi «Unità et autonomia della storia italiana».
- Hispanic Review*, January 1935. The University of Pennsylvania. Philadelphia.
- Figuran en el sumario interesantes artículos sobre literatura española.
- The Cambridge historical Journal*, vol. IV, núm. 3.
- W. F. Reddaway: «Great Britain and Poland (1763-1772)», estudio basado en documentos inéditos.

HISTORIA

- J. P. T. Bury: «Gambetta and the Revolution of 4 september 1870».
Jean McLachlan: «Documents illustrating anglo-spanish trade», extraídos de los archivos ingleses y españoles.
The Archaeological Journal, january 1935. London.
Ch. W. Oman: «The Danish Kingdom of York».
J. D. G. Clark: «Derivative forms of the «petit tranchant» in Britain».
C. N. Philips: «The present state of archeology in Lincolnshire».
Forschungen und Fortschritte, februar 1935. Berlin.
Oto Kletzl: «Erwin von Steinbach und seine Bedeutung für die deutsche Gothik».
H. Obermaier: «Löss und Lössmenchen in Europa».
Zeitschrift für Kunstgeschichte, segundo semestre de 1934. Berlin y Leipzig.
Kurt Weitzmann: «Abendländische Kopien Byzantinischer Rosettenkasten».

REVISTAS ESPAÑOLAS

- Tierra Firme*, 1935. Madrid.
Américo Castro: «Poesía y realidad en el Poema del Cid».
J. Huizinga: «Carta a Julián Benda».
Rosentat: «Población indígena de América».
Revista de Occidente, diciembre de 1934. Madrid.
Cruz y Raya, diciembre de 1934. Madrid.
Leopoldo Eulogio Palacios: «Lucrecio».
Revista de Estudios Hispánicos, febrero de 1935. Madrid.
Juan Pablo de Lojendio: «El hecho histórico vasco en la unidad imperial de España».
Carlos Pereyra: «La medicina y farmacia en Guadalupe».
Manuel Ballesteros Gaibrois: «Hispanoamericanismo».
Miguel Herrero García: «Triptico bibliográfico».
Acción Española, enero de 1935. Madrid.
José María de Areilza: «3 de enero de 1874; un golpe de Estado contra el Parlamento».
Lorenzo Riber: «El españolismo de Aurelio Prudencio».
Mc Nair Wilson: «Monarquía contra plutocracia» (libro segundo,

capítulo XII, «Mammon»; XIII, «El decenio del hambre», y XIV, «Disraeli»).

En la sección bibliográfica publica un resumen de la «Historia eclesiástica del Scisma de Inglaterra», del P. Pedro Rivadeneyra.

Investigación y Progreso, febrero de 1935. Madrid.

Joaquín Frenguelli: «El problema del Paleolítico en la Argentina».

Pérez de Barradas: «Relaciones entre el Arte rupestre de España y el del Sur de África».

Neugebauer: «La Higiene de Atenas».

Revista del Centro de Estudios Extremeños, septiembre-diciembre de 1934. Badajoz.

Arturo García de la Fuente: «El Misal Escorialense de Isabel la Católica».

Jesús Rincón: «Badajoz en 1688. La línea envolvente».

Licenciado Pero Pérez: «Ambiente político de Badajoz en 1820-1823».

Razón y Fe, febrero de 1935. Madrid.

Carrillo de Albornoz: «San Ambrosio y su concepto de la propiedad».

J. Madoz: «El mito de Roseenberg».

En la bibliografía figuran críticas de «La Iglesia en la Historia y la civilización española», de J. B. Alonso, y de «San Francisco Javier y la Universidad de París», de N. S. de Otto.

Oasis, febrero de 1935. Madrid.

Fermin Vergara Peñas: «Ubeda reancentista».

Anselmo Sanz Serrano: «Teruel, la desconocida».

Revue Internationale des Etudes Basques, octubre-diciembre 1934. San Sebastián.

José Ramón Castro: «La pintura en Navarra en el siglo XVI».

Juan Carlos de Guerra: «A propósito de las Juntas generales de Guipúzcoa».

Julio de Urquijo: «Notas de Bibliografía Vasca».

René Lefou: «Sur quelques cas de dilation vocalique régressive».

Archivo Ibero-Americano, julio-septiembre de 1934. Madrid.

P. Doroteo Schilliny y Fidel de Lejarza: «Relación del Reino de Nippon por Bernardino de Avila Girón».

P. Diego Inchaurre: «Documentos de la época constitucional 1820-1823 referentes a los franciscanos de la Provincia de San Diego de Canarias».

HISTORIA

Al Andalus, revista de la Escuela de Estudios Arabes de Madrid y Granada. Volumen II, 1934.

Miguel Asín Palacios: «Un códice inexplorado del cordobés Ibn Hazm».

Emilio García Gómez: «El Parangón entre Málaga y Salé de Ibn al Jatib».

Antonio Prieto y Vives: «Tesoro de monedas musulmanes encontrado en Badajoz».

Reginaldo Ruiz Orsatti: «La guerra de Africa de 1859-1860, según un marroquí de la época».

George Sartou: «Oriente y Occidente en la Historia de la Ciencia».

LIBROS

Salomón, por G. R. Tabouis. Payot, 1934. París.

Ser un historiador sin exponerse a la indiferencia de los lectores profanos, resucitar la historia sin caer en el desprecio de los verdaderos investigadores, es un paso peligroso y difícil. Genoveva Tabouis, sobre una base de archivos, ha erigido un templo a Salomón que Flaubert no hubiera desaprobado. La sensualidad, la violencia de un Oriente viejo ya de tres mil años, han sido captadas con habilidad en las páginas de este libro.

La Renaissance, por Funck-Brentano. A. Fayard et Cie., 1935. París.

El autor trata con trazos generales el Renacimiento, deteniéndose especialmente en la figura de Savonarola. Es un libro tal vez demasiado subjetivo y nos ha llamado la atención la crudeza poco imparcial con que el autor se inclina sobre la figura de Cristóbal Colón, a quien presenta como un conjunto de vicios mezquinos, eliminando de su personalidad toda idea que no sea ruin y rastrera. Lo mismo ocurre con los primeros gobernadores españoles de las Indias occidentales. Mr. Funck-Brentano parece olvidar un poco el momento histórico y caer en las vulgaridades de la «leyenda negra».

Clio, introduction aux études historiques. Tome IV. «Le monde féodal», par Joseph Calmette. Tome II, «La Grèce et l'Hellénisation du monde antique», par Robert Cohen. Tomo V, «L'elaboration du monde moderne», par Joseph Calmette.

Nueva publicación de «les presses universitaires de France», que

tiene por objeto constituir una transición entre la enseñanza secundaria y las especializaciones históricas. Cada uno de los capítulos de estos libros está seguido no sólo de notas y de abundante bibliografía sobre el texto anterior, sino de un resumen del estado actual de los problemas históricos, objeto de controversia, que se encierran en el capítulo. Esta colección francesa de utilísimos manuales constará de nueve tomos, encomendados a especialistas eminentes, de los que hasta ahora han aparecido los tres que hemos citado.

La Politique étrangère de la France et le début de la guerre de Trente Ans, par Victor-L. Tapie.

Fruto de investigaciones minuciosas en los archivos franceses y tchecos, esta obra nos hace conocer acontecimientos interesantes; la actividad de Richelieu como ministro desde el 30 de noviembre de 1616 al 24 de abril de 1617, la llamada defenestración de Praga y la batalla de la Montaña Blanca (8-XI-1620), entre otras cuestiones referentes al comienzo de aquella gran tormenta europea que fué la Guerra de los Treinta Años.

Le Proces des ministres de Charles X, par Robert Dufourg.

Con precisión y sin frases el autor narra las peripecias de este proceso, peligroso por el conflicto que existía entre las clases superiores y el pueblo francés.

Louis XIII, por Charles Romain. Hachette. Paris, 1934.

Nueva visión de la figura de Luis XIII, que aparece en la realidad histórica muy distinto del débil monarca, dominado por Richelieu, de la leyenda. El cardenal no fué el rey del Rey, y para salvar a Francia, soberano y ministro lucharon unidos hasta el fin.

Séneca, por Francisco Vera. Volumen I de la Biblioteca de la Cultura Española. Madrid, 1935.

El autor, secretario perpetuo de la Asociación de Historiadores de la Ciencia española, condensa en las páginas de su obra toda la doctrina del estoico cordobés. No es el libro una biografía más del filósofo, sino una verdadera y cuidada antología.

Castelar, hombre del Sinaí, por Benjamín Jarnés. Espasa-Calpe, Madrid, 1935.

Volumen 45 de la colección «Vidas españolas e hispanoamericanas del siglo XIX».

Jarnés no hace en este libro una biografía, sino un detenido estu-

dio de la personalidad de Castelar, situándolo en el momento histórico y señalando la eficacia de su intervención en la vida pública nacional.

Cartas inéditas de Napoleón a María Luisa. Madrid, 1935

Edición española de las cartas del Emperador, adquiridas últimamente por el Gobierno francés en un millón ochocientos mil francos. Faltaba esta correspondencia entre los imperiales cónyuges para acabar de completar la biografía de Napoleón, y su hallazgo es de la mayor importancia histórica. El emperador aparece en estas cartas íntimas con toda su grandiosidad humana, con todo su cariño de padre hacia «el reyecito», como llamaba a su hijo. Aquel reyecito que había de morir tan joven encerrado en la jaula dorada de Schönbrunn.

ACADEMIA DE LA HISTORIA

Recepción pública de Don Agustín Millares Carlo, 17 de febrero de 1935.

Don Agustín Millares Carlo, a quien la Paleografía y la Diplomática hispanas deben tan grandes avances, estudió en su discurso de ingreso los «Códices visigóticos de la Catedral toledana». Estos son 23, trece de los cuales han pasado a la Biblioteca Nacional, y los restantes permanecen en Toledo. De la comparación de estos códices con otros de la misma época ha inferido el Sr. Millares algunas conclusiones que pueden conducir a la resolución del problema de los orígenes de nuestra escritura, y que hacen de su discurso algo fundamental en la ciencia de la Paleografía española.

Recepción pública de Doña Mercedes Gaibrois de Ballesteros, 24 de febrero de 1935.

Primera mujer que ocupa un sillón académico en España, doña Mercedes Gaibrois de Ballesteros trata en su discurso de ingreso de Doña María de Molina, figura emocionante de nuestra historia, que nadie mejor que una historiadora puede llegar a comprender. Reina enérgica, política, estadista, batalladora, que sólo recibe ingratitudes de su hijo Fernando, Doña María de Molina vive también su vida de mujer, que la señora Gaibrois de Ballesteros hace destacar hábilmente en su interesante disertación.

Librería ENRIQUE PRIETO, Preciados, 48, Madrid, sirve toda clase de libros

León Sánchez Cuesta

LIBRERO

Mayor, 4, pral.

Madrid

¡Estudiantes!

**COMPRA-VENTA DE
LIBROS DE TEXTO**

Fortuna y Felisa

Ex dependientas de doña Pepita

Calle del Carmen, 31

SUCURSAL DE REYES, 27

Teléfono 27945

"La Estudiantil"

Librería de ocasión

de la

Vda. de Matínez de Tejada

San Bernardo, 33 (antes 35). Tel. 25805



**Se compra toda clase de li-
bros antiguos y moder-
nos -i- Compra y ven-
ta de libros de texto
en buenas condicio-
nes para el público**

Se facilitan boletines

**LIBRERIA GENERAL
DE**

Victoriano Suárez



Preciados, 46

Telét, 11334

M A D R I D

"CLIO" (Introduction aux Etudes Historiques)

Tomos publicados:

- II: LA GRECE ET L'HELLENISATION DU MONDE ANTI-
QUE, por Rober Cohen. 660 páginas. 24,75 ptas.
IV: LE MONDE FEODAL, por Joseph Calmette. 490 páginas. . 16,50 "
V: L'ELABORATION DU MONDE MODERNE: por Joseph
Calmette. 586 páginas. 22,— "

Tableau du XX siècle: 1900-1933

- I: LES ARTS, LA MUSIQUE ET LA DANSE, par Pierre du
Colombier et Roland Manuel. 395 páginas. 13,75 "
II: LES SCIENCES, par Pierre Sergescu, Augustin Boutaric
et Jean Rostand. 552 páginas. 13,75 "
III: LA PENSEE, par Gonzague Truc. 300 pesetas. 11,— "
IV: LES LETTRES, par René Gros et Gonzague Truc. 375 pgs. 11,— "

Les maîtres de la pensée religieuse

- I: SAINT AUGUSTIN ET LE NEO PLATONISME CHRE-
TIEN, par Régis Jolivet 11,— "
II: WILLIAM JAMES ET LE PRAGMATISME RELIGIEUX,
par Gilbert Maire 11,— "
III: PLOTIN ET LE PAGANISME RELIGIEUX, par Edouard
Krakowsky. 11,— "
IV: BOSSUET ET LE CLASSICISME RELIGIEUX, par Gon-
zague Truc. 11,— "
V: SAINTE THERESE ET LA VIE MISTIQUE, par J. D. Be-
rrueta et Jacques Chevalier 11,— "

Pedidos a

Librería Franco - Española

Sociedad General Española de Librería. Diarios, Revistas y Publicaciones (S. A.)

Av. de Eduardo Dato, 10 - MADRID - Teléfono 23517